

SANTOS, BEATOS, VENERABLES Y SIERVOS DE DIOS

Las 27 causas iniciadas en la Argentina

Pedro Siwak

EG Editorial Guadalupe

Testimonios



Hno. Sáez Valdivieso



Laura Vicuña



Nazaria I. March



C. Namuncurá



Camila Rólón



Leonor Matúrana



José León Torres



Artémides Zatti

P. LUIS M. ETCHEVERRY

BONEO

El apóstol del mundo intelectual



Luis María Etcheverry Boneo nació en 1917 en el barrio porteño de Congreso, en un hogar caracterizado por su raigambre católica y su nivel social. Sus padres tuvieron siete hijos. Su abuelo Rómulo había sido miembro de la Corte Suprema de Justicia de la Provincia de Buenos Aires. Su abuela, Mercedes Boneo, era hermana del obispo de Santa Fe, Juan Agustín Boneo. Su papá, también Rómulo, era abogado y se desempeñó como miembro de la judicatura en Mercedes y La Plata. También fue destacado dirigente de la Acción Católica.

Luis María estudió en distintos colegios. Primero en el Onésimo Leguizamón, de Buenos Aires y luego en el San Luis, de La Plata. Los estudios secundarios los inició en el San José, de La Plata, y luego en el Champagnat, de Buenos Aires.

En 1936 aprobó algunas materias en la carrera de Abogacía en la Universidad de Buenos Aires, y ese mismo año ingresó al Seminario Metropolitano de Villa Devoto. A los seis meses las autoridades decidieron enviarlo al Colegio Píolatinoamericano, de Roma, en atención a sus cualidades sobresalientes y a su probada vocación sacerdotal.

Ya ordenado sacerdote, regresó a Buenos Aires en 1943, por disposi-

ción del cardenal Santiago Copello, quien ante la situación creada por la Segunda Guerra Mundial, resolvió que regresara de inmediato. Partió en el último avión, antes de que se cortaran las comunicaciones.

El arzobispo de Buenos Aires le encomendó diversas funciones, entre ellas las de vicario parroquial en N. S. de Montserrat, funcionario de la curia y del tribunal eclesiástico, vicesesor de la Acción Católica y director de los Cursos de Cultura Católica.

En 1947 fundó la Sociedad Argentina de Cultura y en ella reunió a un grupo de profesores universitarios para promover la cultura y la educación católica en el campo masculino. Reunió a un grupo de jóvenes profesionales con inquietudes en los campos social y político en el Seminario San Agustín. Con los estudiantes universitarios inició el Centro San Bernardo, con jóvenes reclutados entre los mejores egresados de los principales colegios católicos.

Fundador de colegios para varones

En 1950 fundó una serie de colegios. Ese año inició el Colegio Santa María de Luján, para alojar a los jóvenes provenientes del interior. Dos años después el San Benito y poste-

riormente el San Bernardo, destinado a jóvenes latinoamericanos.

El cuarto colegio fue el San Agustín, que desde 1952 funcionó en Riobamba y Arenales, en el que la Sociedad Argentina de Cultura dio acogida al Instituto Católico de Cultura -fruto de la transformación de los Cursos de Cultura Católica y antecedente inmediato de la Universidad Católica Argentina-. El quinto colegio habría de ser el San Francisco, en el barrio de Flores.

En todos los colegios se habilitó una capilla con la presencia del Santísimo; Etcheverry buscó que en cada uno hubiera siempre un sacerdote residente. La celebración de la misa era frecuente en los colegios, se brindaba asesoramiento espiritual y se practicaban ejercicios espirituales.

Toda esta tarea le insumió un gran esfuerzo al padre Etcheverry, tanto para la selección de sus colaboradores y personal, como para la dotación material de las casas. Ante la necesidad de afrontar los gastos, no dudó en vender su auto y luego otro que le regalaron. Hasta el día de su muerte no contó con movilidad propia. En general estos colegios resultaron económicamente deficitarios, por lo cual todo terminaba repercutiendo en su economía personal.

Así como entregó con generosidad sus bienes, tampoco tuvo inconvenientes en donar su tiempo cuando de atender personas se trataba. Consagraba sus horas de descanso a los que venían en busca de consejo; los atendía hasta altas horas de la noche. Dormía muy poco. Esto repercutiría en su salud con el correr de los años.

En 1953, con el apoyo de los padres fundó el Colegio San Pablo (actualmente Padre Luis María Etcheverry Boneo), con el propósito de darle a los estudiantes una visión cristiana del mundo, personalizar la educación, lograr una fluida relación con los padres y constituir con el cuerpo docente una gran familia eclesial.

Comenzó por el primer año del Bachillerato, para ir creando año a año el curso siguiente. En marzo de 1955 inició la sección Primaria. Ya en aquellos años intuyó la necesidad de dominar una segunda lengua y el uso de una tercera, así como también una actualización tecnológica. Pero además quería que la mujer conociera el uso de los medios audiovisuales, participara de los grupos de promoción social para ayudar a los más necesitados, enseñara catequesis a los más chicos y se interesara por la misiones.

Durante la persecución religiosa

A partir de 1951, a medida que se restringieron las libertades cívicas en el país, el edificio de la calle Riobamba fue uno de los centros de reunión de los laicos que organizaban la resistencia. La gente que participaba de lo que en aquel entonces comenzaba a conocerse como "La Obra" hicieron un aporte significativo en la difusión de los panfletos, que era la expresión surgida ante la imposibilidad de la oposición de expresarse a través de los medios de comunicación.

Por ese entonces había comenzado a reunirse un grupo de dirigentes interesados en dar nacimiento a una nueva fuerza política que respondie-

ra a los principios cristianos. Etcheverry los alentó y los acogió en sus casas, especialmente al recrudecer la persecución religiosa.

En su obra educativa tuvo como objetivo principal dotar a la Iglesia y al país de un grupo de dirigentes laicos. A su amparo surgieron numerosas vocaciones consagradas entre los que se cuentan tanto sacerdotes diocesanos como religiosos, que ocuparon cargos destacados en la Iglesia.

La labor con las jóvenes

Entre sus primeros destinos como sacerdote se le asignó la capellanía del Colegio Nuestra Señora de la Misericordia, donde buscó ofrecer a las chicas una visión del cristianismo que animara y orientara sus vidas. Así logró quintuplicar el número de miembros del círculo interno de la Acción Católica y capacitar a un buen número de jóvenes dirigentes.

En la capilla pronto se multiplicaron las comuniones diarias y al egresar las jóvenes se integraban a los círculos de formación Santa Teresa del Niño Jesús, con las que capacitó dirigentes que luego estarían al frente de los círculos de la Acción Católica Universitaria.

Más adelante fue convocado para asesorar al círculo de Acción Católica de la Facultad de Filosofía y Letras, por esos años muy ideologizada, e impulsó la Asociación Universitaria de Estudiantes (AUDE), que se convirtió en una alternativa diferente a la FUBA y a la CGU.

En 1952 comenzó la formación de un grupo de mujeres consagradas a las que llamó Servidoras, para servir

en el mundo femenino, pero con una alta capacitación profesional.

Su inquietud por llegar a las universitarias del interior del país, lo alentó a crear el Colegio Universitario, que se distinguió de los pensionados por no dedicarse a lograr sólo una sana convivencia, sino a convertirse en un lugar de estudio y participación entre los estudiantes porteños y los de las provincias. Etcheverry percibía el papel cada vez mayor que tendría la mujer en la sociedad civil. Y de sus instituciones egresaron jóvenes que luego ocuparían un lugar preponderante en diversos ámbitos de la sociedad argentina.

La creación de la Universidad Católica

Al padre Etcheverry le corresponde un lugar fundamental en la iniciación de la Universidad Católica Argentina. A la caída del régimen peronista en 1955, se inició una corriente que abogaba por la libertad de enseñanza, en contraposición con la tradición laicista, que sostenía el monopolio estatal de la enseñanza. Pero aún dentro de la Iglesia surgieron diferentes iniciativas, tanto desde las congregaciones religiosas como de los obispados del interior del país, que intentaron crear sus propias universidades. El padre Etcheverry consideró imprescindible salir a recorrer el país para convencerlos de la necesidad de crear en ese momento, una única Universidad Católica nacional. La gestión de Etcheverry resultó exitosa, ya que sólo la Universidad de Córdoba era ya un hecho y se le había confiado a la Compañía de Jesús.

Finalmente, en marzo de 1958 se creó la Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires, con sede en la capital argentina.

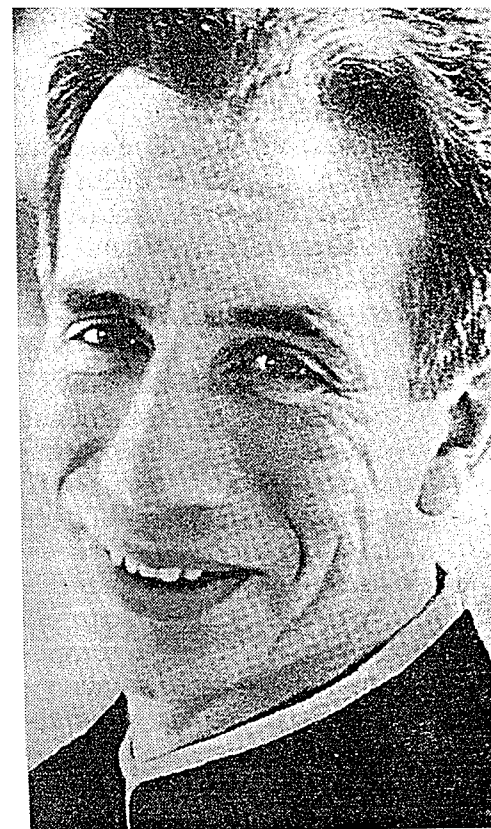
El propio Etcheverry propuso como rector a Mons. Octavio Derisi, mientras él quedaba como secretario. La primera sede fue la casa de la calle Riobamba, costada por la Sociedad Argentina de Cultura y con personal que pertenecía a las instituciones creadas por Etcheverry.

La estancia Santa María de la Armonía

En 1961 inició la Fundación Cultural Argentina, con la intención de acercar el sector masculino y femenino. Su principal labor se desarrolló en la Estancia "Santa María de la Armonía", ubicada en Cobo, provincia de Buenos Aires. Se reunían allí sacerdotes, seminaristas, servidoras, dirigentes laicos, sus familias, universitarios y universitarias de los diversos grupos de Buenos Aires y alumnos del Colegio San Pablo en campamentos.

Todos se congregaban por la tarde para participar de la misa y de la bendición con el Santísimo.

Por esos años inició la fundación de la sección femenina del Colegio San Pablo, que coincidió con el cierre de importantes colegios femeninos católicos. Pero en ese entonces en lugar de iniciar un año -como fue en el caso del colegio de varones-, se vio obligado a iniciarlo desde el primer grado hasta el cuarto del bachillerato. Pudo hacerlo porque disponía de profesoras y maestras -muchas de ellas Servidoras- formadas en las décadas anteriores.



Entre sus iniciativas corresponde mencionar a la del Movimiento de Sacerdotes Argentinos -de breve duración-, que buscaba contraponerse al por entonces activo Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo.

Su último viaje

En marzo de 1971 viajó a Roma, pero al llegar a Madrid decidió interrumpir su itinerario y alojarse en la Casa Sacerdotal de la capital española. El 10 de marzo pidió una habitación para descansar, pero ante su dolencia -se trataba de una obstrucción intestinal- le recomendaron que se trasladara al Sanatorio Hospital

San Pedro, para sacerdotes. Le dijo al médico: "Vea, yo me conozco, es grave". No podía tenerse en pie, pero no exteriorizaba su dolor.

La llegada de un sacerdote solo no dejó de llamar la atención de los médicos. Comentaron que se trataría de una persona importante, por el modo de mirar, de dar las gracias, de comportarse en todo momento, en ese señorío al dominar el dolor y no demostrar el miedo a la muerte...

Luego de una serie de exámenes se decidió operar. En los días siguientes el padre rezaba mucho el rosario y besaba una reliquia de Pío XII y de Santa Teresa del Niño Jesús.

Tres días después pidió hablar con el obispo de Ávila, Mons. Maximino Romero de Lema, que fue su compañero de estudios en Roma. Al día siguiente lo visitó el prelado, quien recibió el pedido de que lo acompañara algún sacerdote para que lo dispu-

siera en caso de agravarse su estado. Desde el 15 de marzo tuvo la compañía del sacerdote.

Cuando le preguntaron si quería que le avisaran a su familia, dijo que no, porque iban a sufrir mucho.

La operación que se le había practicado era la previa a otra que tenía que hacerse en caso de mejoría. Pero el estado del enfermo se fue agravando, en medio de severos sufrimientos. El 18 de marzo pidió confesarse y al terminar dijo: "Padre la penitencia, se olvidó de darme la penitencia". A lo cual contestó el sacerdote: "¿Qué penitencia? ¡Ya tiene bastante con lo que está sufriendo!"

Luego de rezar el Padrenuestro, se santiguó, besó el crucifijo y entregó su alma al Señor. La religiosa que estaba a su lado dijo que parecía haberse dormido. Y el médico, que había visto muertes ejemplares, dijo que la de don Luis María era excepcional.